

AUDIENCIA DE LA TARDE DEL DIA 11.

Continúan los debates.—Interrogatorio.—Nuevas é importantes revelaciones.—Actitud del procesado.

Abierta la audiencia á las cuatro menos cuarto, continúa Rode contestando al interrogatorio que le hace el Señor Presidente de los debates.

Presidente.—Segun la declaración que han rendido varios testigos, usted daba mal trato á su esposa; usted le pegaba, ¿es cierto?

Rode.—No es cierto, Señor Presidente.

Presidente.—Cuando usted pretendió divorciarse, el Señor Lic. Arroyo de Anda concurrió á la casa de usted y ahí su esposa se quejó de que sufría constantemente por sus injustificados celos, por eso la maltrataba, y por eso también se refugiaba la Zornoza en la casa de sus Padres. ¿Tenía razon en esas quejas?

Rode.—Iba á esplayarme sobre ellas. Lo primero que debo hablar es sobre los malos tratamientos. Es cierto que en un momento de ofuscación la cogí con fuerza de la muñeca y la arrojé sobre una cama, y eso fué por lo siguiente: daba yo mi clase á las señoritas que concurrían á la Academia gratuita; Amelia dió un ligero golpe en la vidriera de la recámara, el que yo no escuché, por esto siguió llamando con ira, dando fuertes golpes. ¡Voy! ¡voy! dije, y supliqué á mis discípulas se retirasen; no acababan aún de salir cuando yo entré; Amelia me recibió furiosa, y con el puño cerrado me pegó en un ojo; entónces yo cegado, hice lo que he referido; pero no bien la ví en el lecho, me arrojé á sus piés aterrado, conmovido. ¿Ves á lo que me precipitas? Perdóname, perdóname.....yo no tengo la culpa de estos actos salvajes de los que jamás tuve ejemplo en mi familia.—Presentes estaban Luz Castillo y su hijo, ellos decían á Amelia: Oh! Nó, usted no debe tratar así al Señor Rode....

Presidente.—Este hecho es la primera vez que usted lo refiere, á pesar de haber ampliado frecuentemente sus declaraciones.

Rode.—Yo no he leído la causa, pero estoy casi seguro de que consta; además, todo lo que refiero puede probarse con los testigos.

Presidente.—Yo no niego á usted el derecho de hacer nuevas revelaciones; lo único que decía era que esto no constaba en la causa, porque en efecto, no consta.

Rode.—Hay numerosos incidentes que no me ha convenido revelar; pero que lo haré ahora ante los Señores jurados.

Presidente.—Luz Castillo asegura que usted con frecuencia sacudía por los brazos á su esposa, no una sola vez.

Rode.—Puedo asegurar que esa es la única vez que usé de violencia. Como ya he dicho, esa mujer es la única criada de confianza que había en la casa, y como es algo parienta de la familia Zornoza, después se le han dado consejos en mi contra; ella y su hijito lo presenciaron todo. ¡Ojalá que dijesen la verdad!—Respecto del Señor Arroyo de Anda, tengo que manifestar lo siguiente. El es una persona muy honorable, pero en cumplimiento de su deber como abogado, puso un escrito jurídico, con el objeto de contrariar aquél en que yo había pedido el divorcio; allí exponía ciertas especies, sin más fundamentos que los informes que mi esposa le dió, y además, tal vez obligado á ello por las indicaciones de su respetable esposa, á quien Amelia llegó á impresionar en su favor, como me impresionó á mí con su fino trato. Esos son ardidés profesionales que yo perdono de todo corazón al Señor Arroyo de Anda; los diálogos que supone este Señor tuvieron lugar entre mi esposa y yo, son enteramente falsos. Yo accedí á tener una conversación con Amelia porque la amaba.... Ya he dicho que estaba celoso, sí muy celoso, el engaño del día de campo, la fuga, la carta; esto ya es un cúmulo de antecedentes que me obligaron á estar celoso. Ahora las veces que Pedro Vázquez y su mujer me referían con minuciosa conformidad de detalles la escena de la carta que le arrojé á mi

esposa el *catrin*; yo bien sé que el primero es un bribón; pero la conformidad que tenía con Chona era la que me convenía. Me parecía imposible que mi esposa me fuera infiel tan pronto. Esta fué la primera revelación que tuve de algo grave; antes no había habido sino incompatibilidades de carácter, malos modos, palabras duras; lo de la carta sí me inspiró serios temores por mi honra, verdaderos celos.....

Presidente.—Vamos procediendo con algún orden; la primera parte de mi pregunta se refería al mal trato que de usted sufría la Zornoza, ¿recuerda usted algún incidente que tuvo lugar en la casa de la familia Arévalo?

Rode.—Sí.

Presidente.—¿Con qué motivo se golpearon ustedes mutuamente?

Rode.—Estábamos desayunándonos en la casa de la familia Arévalo, y como Amelia le dirigía algunas palabras muy duras á la criada, yo le estaba manifestando que no debía usar de lenguaje tan inconveniente. En esto ví que llegaba la Señora Zornoza, y como ésta se pone furiosa por la cosa más insignificante, temí que me volviera á agredir con un cuchillo, como antes lo había hecho, y me escapé inmediatamente. No la saludé. Cuando volví, Amelia á gritos me decía: Eres un grosero, yo no sé como educas á los niños, ¡educador de la juventud! ¡grosero! ¡grosero! Entonces se me vino encima y me pegó..... ¡Yo también le pegué, ¡oh señor!..... Y sin embargo, yo procuraba complacer en todo á esa mujer; yo vendí una obra que valdría más de tres mil pesas, en cuarenta, todo por complacerla..... Sí, le pegué, ¡Ella también me pegó!

Presidente.—Tiene usted muy mal carácter; cuando ménos, así resulta de algunas averiguaciones que se han hecho. El Señor Marquet, ha dicho que á veces, cuando no podía usted pegar á los niños, se pegaba á sí mismo.

Rode.—Señor, desde la edad de 18 años estoy entregado al magisterio. Esta profesión la abracé con ardor, con pasión; ahora tiene uno que enseñar á niños de buena y de mala índole, los hay buenos y los hay malos; además, cuando se toma

á pechos su educación moral é intelectual, tiene que sufrir... se mucho; suponga usted que haya pasado lo siguiente: que tratara yo de hacer comprender á cierto niño un punto de aritmética, y que éste fuese de mala índole; le preguntaba, por ejemplo, cuántos son 5 por 8, y me respondía 32 y llevamos 4, 2 por 8_20 y llevamos 3; esto causaba la hilaridad en toda la clase, teniendo yo que corregirlo, qué castigarlo naturalmente.—En el reglamento de mi establecimiento estaba severamente prohibido todo castigo personal.

Presidente.—No es esto lo que yo decía, sino que una prueba del mal carácter de usted es que se pegaba á sí mismo, cuando no podía pegarles á los niños.

Rode.—Muy bien pudo haber sucedido esto alguna vez; pero no era frecuentemente, absolutamente no lo era, y así como la sucesión de actos buenos constituye la virtud, y de actos malos el vicio, una costumbre quedaría establecida cuando sea frecuente determinado acto, y eso de que me pegase solo, no tenía esa frecuencia, ya lo he dicho.

Presidente.—Una señora de la familia de usted, Doña Carlota, también ha revelado que usted tenía mal carácter.

Rode.—Mi tía Carlota es una santa, señor, y el menor acto de impaciencia ó de disgusto lo cree el reflejo de un mal carácter.

Presidente.—Esta mañana declaró usted que su esposa era muy lujuriosa; sin embargo, la familia de ella declara que usted era un hombre inmoral y corrompido que la pervertía; á este respecto, hay una declaración de la joven Dolores que dice que la esposa de usted le tenía miedo, y no quería permanecer sola en su casa.

Rode.—Dire á usted lo que pasó. Dolores se quedó á dormir en mi casa; se le puso un colchón en la sala de la casa; mi esposa y yo nos quedamos en la recámara; allí tuvimos un disgusto por alguna palabra ó creo que porque al aproximarme á ella me dió un puntapié; entonces pretendí irme á la calle, y al efecto me empecé á vestir. En ese momento Dolo-

res entró á la recámara, naturalmente yo me cubrí con la mano, y de allí infirió ella lo que quiso, saliendo á llamar al gendarme y haciendo un escándalo horrible. Llegó á poco con el gendarme, por más que yo le había dicho á Amelia: deténla! deténla! Esto es un escándalo. Entonces no me hizo semejante imputación; y además yo no concibo, ni en lo humano, ni en los últimos grados de la locura, que un hombre, ante una esposa hermosa como la mía, sea capaz de semejante acto.

Presidente.—Podría explicarse esto, por haber llegado usted á cierto grado de excitación.

Rode.—Nó; nó señor, eso es enteramente falso y absurdo.

Presidente.—Usted ha referido que el 12 de Agosto tuvo un disgusto muy grave con la señora Zornoza.

Rode.—Sí, señor, y voy á explicar las causas de ese disgusto. Estaba Lolita Zornoza enferma de viruelas, y yo no quería que mi esposa fuera á la casa porque me parecía una imprudencia. Se iba, á pesar mio, y también se quedó á dormir en la casa.

Presidente.—¿Solo ese día durmió en la casa?

Rode.—Si mal no recuerdo, creo que sí. Bien, yo todos los días entregaba el gasto á mi mujer, y ella se lo daba á su mamá, porque nos quedábamos en la casa.

Presidente.—¿Usted sólo daba el gasto para toda la familia?

Rode.—Sí, señor, y puedo asegurar que jamás le faltó, salvo los días en que hubo que empeñar algún vestido de ella, como ya he dicho, pero como entonces tenía que dar mucho más para la familia, no me alcanzaba.

Presidente.—La familia Zornoza desmiente todo esto; dice que usted no daba sino una parte del gasto.

Rode.—Ellos dicen eso; pero ellos mismos se contradijeron, pues la señora dijo: “Ah! sí, una vez me mandaron quince días la comida.” Y yo puedo asegurar que día á día se le mandó y durante mucho tiempo.

Presidente.—¿Usted se refiere á la época en que vivían separados?

Rode.—Sí señor, en esa época, y no siguió esto, porque entonces se sacaron la lotería ó no sé por que tenían dinero.

Presidente.—Déjeme usted hablar, Rode. Mi pregunta ha sido ésta: ¿Por qué se disgustó con la señora Zornoza el día 12 de Agosto?

Rode.—Todo lo anterior se relaciona. Ese día era un domingo, en la mañana le dije á mi esposa: “Ahora voy contigo para mandar á la casa de Jurado, á donde nos están cambiando, los muebles pesados.” Mi suegra dijo: “Usted siempre pegado á su mujer, ¡qué hombre!” “Señora, hagame usted favor de dejarme hacer las cosas como yo quiero.” A la hora del desayuno, ya dispuesta la madre á molestarme, me decía: “¿Pues no vá, no vá, usted es un pliegue de las enaguas de su mujer, no la deja ni un momento!” “Pero, señora, es natural, estoy recién casado, y debía usted alegrarse de que prefiera estar con ella en vez de irme á divertir á cualquier parte.”— “Hora no vá, hora no vá; así lo que va usted á conseguir es que lo haga *guaje* en cualquier momento”—¿Qué clase de madre será aquella que delante de sus hijos usa de semejantes expresiones? Entonces, yo indignado, tomé del brazo á mi mujer y separé á la señora. Arturo Zornoza se interpuso. “Nó, lo que es á mi madre usted no la ultraja.”—Pero si ella es la que me ultraja á mi.—Salí con mi mujer, y Arturo se vino detrás gritándome é injuriándome.—¡Hombre, me hace favor de retirarse! Nada bastaba, se aproximó á mí y me metió las manos á la cara; yo le dije: “Se retira ó no sufro más, ¿pues qué también me casé con usted?” Signió en sus ultrajes, llamó á un gendarme, y toda esta escena desagradable y ridícula la presenciaban una multitud de personas y las señoritas que estaban en un balcón enfrente.

Presidente.—¡Buena! ¿Es cierto que usted pidió medio para cigarros?

Rode.—Como Arturo me *jalaba*, yo le dije: “Ya basta, agradezca á que es hermano de mi mujer, que si nó... Arturo era un loco alcohólico, yo temía que en un momento de locura me disparase un tiro, como se lo había disparado una

vez á su padre. Voy á enlazar ahora lo que he dicho con la pregunta que usted me hizo, Señor Presidente.

Presidente.—¿Usted pidió medio real para cigarros á la señora Zornoza? No veo un enlace enteramente lógico entre esa pregunta y la que usted ha referido.

Rode.—Sin embargo, lo tienen, señor, y á eso voy. Después del disgusto con Arturo, no podía considerarme muy seguro en la casa, y yo reflexionaba que mi esposa no debía permanecer ni un día, ni una hora, ni un segundo, en aquella casa donde se me había insultado, ultrajado; y he dicho el modo como salimos de allí perseguidos por Arturo. Este hombre tenía malas intenciones respecto de mí, como le consta al Señor Comisario Sánchez, que cuando me presenté á él en la Comisaría, después de la desgracia, tuyo que separarme rápidamente de él, diciéndome: “¡atrás! ¡atrás!” y después me dijo: “¡Oh! Ese hombre traía muy malas intenciones.” Así yo temí volver á la casa; pero Amelia me manifestó ya con muy buen modo que nuestra casa estaba convertida en una pocilga, porque todos los muebles estaban en desorden y aún no se habían lavado los suelos.—En virtud de esta súplica volvimos á la casa; como ví á todos que me ponían buen semblante, y además, me constaba que mi esposa entregaba todo el dinero que yo le daba á su madre, yo no tenía dinero ni para cigarros; por esto pedí medio á la señora. (Rode no pudo continuar hablando, tomó una poca de agua). Continuó: á esto llama farsas la familia Zornoza.

Presidente.—Ese mismo día que pidió usted el medio real, la familia intentaba tomar algunas providencias para promover de nuevo el divorcio de ustedes; si el disgusto era con la suegra ¿a qué venía esto?

Rode.—Porque mientras salí, la madre aleccionó á mi mujer diciéndole: “A ver como te separas de ese hombre que tanto te molesta; es muy ridículo.”

Presidente.—¿Así se explica usted el trato que recibí después de su esposa?

Rode.—Sí, señor juez, y la prueba de que no estaba lo

mismo, de que ya vivía en otras ideas, fué lo que sucedió después. Al disgusto que había tenido con la señora Zornoza, no le dí gran importancia, pues intentaba irme fuera de Mexico, para separar definitivamente á mi esposa de la familia, y sobre todo de la madre.

Presidente.—¿Usted trataba de llevarla á Veracruz?

Rode.—Nó, señor; el clima de esa ciudad sería mortífero tanto para mí como para ella; yo intentaba ir á cualquier otra parte; pero la fatalidad se interpuso

Presidente.—Vamos á algunas preguntas de un orden bien distinto. ¿Usted ha padecido alguna vez del cerebro?

Rode.—Se cree, señor, que he revelado esas enfermedades por buscar una exculpante; pero no es ésto, puedo asegurar que á la edad de 13 ó 14 años, tuve algunos ataques epilépticos. Después trabajé mucho en Guadalajara, intentaba quedarme de propietario en un gran colegio que allí había; con tal motivo, no omitía ninguna clase de sacrificio ni esfuerzo. Como usted ve, señor, yo no soy un hombre vigoroso. Aquel colegio se clausuró; esto naturalmente me produjo un gran dolor. Mi padre me dijo que no me afligiese; entónces él tenía aquí un gran colegio. Yo me vine, y en León me dió un ataque; después se me dijo que había estado trastornado del cerebro. Después, en Europa trabajé mucho por terminar mis pobres obras que se han publicado aquí. En Cuadalaajara, como he dicho, trabajé con ahinco, con ardor. El Señor Puga me decía: cuando cubras el capital te quedarás con este gran colegio; mi padre, el pobre viejo, en sus cartas también me recomendaba el empeño, el trabajo constante, yo lo obedecí. Trabajé con desvelos, con sacrificios inmensos, y perdí el cerebro en León.

Presidente.—¿En México estuvo usted enfermo alguna vez?

Rode.—Nó, señor, sino como dijeron que había estado loco, me preocupé mucho, y acudí á cinco ó seis médicos, para que me curasen; pero en realidad ya no tenía nada.

Presidente.—¿El Señor Bandera lo curó á usted?

Rode.—Nó, no me curó precisamente; lo consulté porque yo me creí enfermo. Otro de los que consulté fué el Doctor Fenelón.—Cuando era niño, como he dicho, padecí ataques de epilepsía.

Presidente.—¿De qué falleció la mamá de usted?

Rode.—De eclampsia.

Presidente.—Los médicos han dicho que murió del corazón.

Rode.—Bien puede ser; pero también murió de eclampsia.

Presidente.—Vamos á llegar á un punto que es de los más importantes del proceso. ¿El día 13 de Agosto estuvo usted en un empeño de la calle de Jesús?

Rode.—Sí, señor (Rode, con abundantes detalles, expuso los motivos por los cuales tuvo necesidad, á su entender, de comprar la pistola que había dejado apartada en la casa de empeño á que había hecho referencia el señor Presidente de los Debates. Disgustos con Arturo Zornoza, temores de que éste, por su mal carácter y reprobadas costumbres, quisiese atacar contra él, cosa muy fácil por la tirantez á que habían llegado las relaciones entre el inculpado Rode y la familia de su desgraciada esposa. El Juez le dijo que en sus declaraciones no había dicho nada semejante á aquello).—Rode manifestó que él nunca pensó hacer armas contra la Señora Zornoza.—El Juez insistió sobre la diferencia que había entre lo expuesto por el presunto reo, en sus primeras declaraciones, y lo que acaba de confesar en la audiencia.

Rode.—Lo que dice usted Señor Juez, me obliga á hacer reminiscencias; necesito volver al recuerdo de aquellos amargos días; me parecía á mí que la familia Zornoza influyó en el ánimo del Señor Gómez Puente, y por eso me reservé muchas cosas para declararlas ante el jurado. Una parte de lo que yo tenía que decir, lo consigné en esos apuntes (señalando hacía la mesa) y mucho dejé para exponerlo. Ahora voy á ser completamente leal y franco, siempre lo he sido, y hoy, como todas las veces, me he de comportar con la verdad. Durante los

días que estuve en la bartolina, me puse á recapacitar sobre el punto del Señor Gómez Puente.....

Juez.—¿Usted tenía pruebas de que su esposa lo engañaba?

Rode.—Yo no estaba convencido de su culpabilidad, tenía grandes dudas, había algunos antecedentes; los disgustos, las circunstancias, todo preparó el desenlace; aquello fué un acto repentino, inevitable, si hubiera tenido un palo, doy de palos; llevaba una pistola y dí de tiros.

Presidente.—¿El día anterior fué usted á comprar la pistola?

Rode.—Sí, Señor; fuí á dejar apartada el arma que había tratado en cuatro pesos; ese día no la llevé, porque no tenía dinero; estando cambiando mis muebles de la calle de la Acoquia al callejón de Jurado, y yendo con mi esposa á la casa que habíamos alquilado, en esta última calle le dije á la señora que fuese á cuidar los muebles, y entre tanto, á medio camino, me separé para tomar algunas prendas, empeñarlas, y con el dinero que me dieran, comprar la pistola.

Presidente.—¿Y qué prendas fueron las que tomó usted?

Rode.—Camisas, cobertores.

Presidente.—¿Esas prendas las llevó usted á la casa de préstamos de la calle de la Merced?

Rode.—Sí, señor, mientras recibía la quincena de la Escuela Normal que debía ser á los dos días. Con eso pensaba sacar las prendas.

Presidente.—¿De la calle de la Merced pasó usted á la calle de Jesús para comprar la pistola?.....

Rode.—Sí, señor.

Presidente.—Después fué usted á su casa.....

Rode.—Nó, estube en la armería para adquirir los proyectiles.

Presidente.—¿Y más tarde?

Rode.—Aquí llega la parte más importante de todo mi proceso. Fuí á mi casa, contraté á un cargador á que me ayudara á descolgar un transparente. ¿Ya lo vé usted? poco á poco